

El gigante de acero y cristal

Desperté bajo las luces macilentas y parpadeantes, a la misma hora de todas las días, las seis de la mañana, cuando el sistema automático alumbraba la vieja estación de Metropolitano.

Antaño había sido parte de una gran red de metro. Ahora no era más que el refugio de aquéllos que habíamos sido olvidados hacía ya tiempo. La realidad era que, poco a poco, todos se iban para no volver. Y me había quedado solo.

Tirando de las raídas mantas grises, me obligué a desperezarme para ir a desayunar. Elegí entre las múltiples latas de conservas, todas ellas descoloridas, para descubrir que era carne seca. La calenté en una olla de hierro antigua y oxidada, aboyada por todos lados, sobre las últimas llamas de la lumbre del día anterior.

Pero hoy no era un día normal. Hoy lo iba a intentar. No era la primera vez, ni mucho menos. Con mi padre nos habíamos quedado muy cerca. Pero de eso hacía años.

No podía ir por la red de túneles hasta mi objetivo. Habían sepultado los túneles, incluso los secundarios. La superficie era mi única alternativa.

Tomé una lanza de madera grisácea, una mochila con las pocas pertenencias que tenía y los suministros que pude meter.

Con todo preparado, salí de nuevo hacia la superficie. Retiré la puerta de acero que custodiaba la estación. Estaba llena de agujeros y corroída por la acidez del agua, pero me había mantenido con vida muchos años.

Eché un vistazo hacia arriba. Hacia la cúpula.

La Tierra que yo conocía era un paisaje gris, de árboles muertos, perros salvajes, ratas y una enorme ciudad flotante, donde todos los que habíamos quedado abajo queríamos ir. A veces uno tenía suerte y llegaba a la ciudad. Pero en la mayor parte de los casos, sólo terminaba siendo un sueño más.

Cuando era pequeño, un anciano vino a mi estación. Nos habló de un gigante de acero y cristal que rozaba la cúpula. La última entrada. Y ahí tenía que ir.

Tenía que aprovechar las primeras horas para llegar hasta mi destino. Los perros eran peores por la tarde y por las noches, cuando empezaba su caza de ratas. Por la mañana descansaban.

Comencé a moverme hacia mi destino, mi salvación. Mi pase al cielo. Tenía que hacerlo. Aunque fuera por mis padres.

Hacia el gigante de acero y cristal.